pacio para las rodillas, á un hombre,-si tal podía llamársele,-una especie de espectro de rostro cuadrado, de cráneo aplanado, de anchas sienes, de pelo tirando á gris, de miembros cortos, vellosos y recios, vestido con unos viejos calzones de tela agujereada y de un andrajo que había sido un capote. El miserable tenía ambas piernas estrechamente agarrotadas con dobles nudos que subían hasta junto á los tobillos. Su pie derecho desaparecía dentro de un zueco; su pie izquierdo, descalzo, estaba envuelto entre trapos ensangrentados que dejaban ver unos horribles dedos amoratados y enfermos. Aquel repulsivo tipo estaba comiendo tranquilamente un pedazo de pan negro. Al parecer, no prestaba atención alguna á lo que ocurría en torno suyo. Ni siquiera se interrumpió para ver á la desdichada compañera que le conducían. Esta, empero, con la cabeza echada hacia atrás, resistiéndose siempre à los esbirros que se esforzaban en empujarla hacia el departamento vacío, seguía gritando: -¡No quiero! ¡No! ¡Jamás! ¡Antes matadme!-Aun no había visto al otro. De pronto, en una de sus convulsiones, sus ojos se posaron en el coche y divisaron entre la obscuridad al horrible preso. Entonces dejó de gritar súbitamente, sus rodillas cedieron, volvióse temblando por todos sus miembros, y apenas tuvo fuerzas para decir con voz apagada, pero con una expresión de angustia que no olvidaré en mi vida:-¡Oh! ¡Ese hombre!

En aquel momento el hombre la miró con ademán huraño y estúpido, como un tigre y un campesino que era. Confieso que no pude resistir. Era claro que se trataba de una ladrona, quizás de algo peor, que los gendarmes trasladaban de un lugar á otro en uno de esos odiosos vehículos que los pilluelos de París denominan metafóricamente cestas de ensalada; pero al fin era mujer. Creí necesario intervenir, é interro-

gué á los esbirros. Ni siquiera se volvieron; sólo un digno gendarme, que hubiera pedido con toda seguridad sus papeles á Don Quijote, aprovechó la ocasión para intimarme á que exhibiera el pasaporte. Precisamente acababa de entregar el papelucho al correo de la mala. Mientras daba mis explicaciones al gendarme, los guardias hicieron un último esfuerzo, metieron á la mujer medio muerta en la carreta, cerraron la portezuela y corrieron los cerrojos; y en el instante mismo que me volvía hacia ellos, no quedaba en la calle más que el estruendo de las ruedas del carruaje y del galope de la escolta, que se hundían juntos con enorme ruido en la obscuridad.

Un instante después, galopaba á mi vez por la carretera de Reims, arrastrado en un excelente coche por cuatro excelentes caballos. Pensaba en aquella desdichada mujer, y comparaba con el corazón oprimido mi viaje al suvo.

Y con tales pensamientos me quedé adormecido. Cuando desperté, el alba empezaba á hacer revivir los árboles, las praderas, las colinas, los matorrales del camino, todas esas cosas tranquilas cuvo sueño atraviesan tan brutalmente nuestras diligencias y malas postales. Nos hallábamos en un valle delicioso, probablemente el valle de Braine-sur-Vesle. Un vago céfiro embalsamado flotaba por encima los cerros negros todavía. Hacia Oriente, á la extremidad norte de la claridad crepuscular, inmediato al horizonte, en un espacio límpido, azul, sombrío, resplandeciente, mezcla inefable de perla, de zafiro y de sombra, Venus brillaba, v su magnifico resplandor lanzaba sobre los campos y los bosques, confusamente entrevistos, una serenidad, una gracia v una melancolía inefables. Era como un ojo celeste amorosamente abierto sobre aquel hermoso paisaje dormido.

La mala postal atravesó Reims al galope, sin nin-

Towo I

gún respeto para la catedral. Apenas, al paso, se divisaban, por encima los puntiagudos techos de una estrecha calleja, dos ó tres agujas del crucero, el escudo de Carlos VII y el hermoso chapitel de los Supliciados de pie encima el ábside.

De Reims à Rethel, nada. La Champaña piojosa, à la que julio acaba de cortar sus cabellos de oro; grandes llanuras amarillas y desnudas, inmensas y suaves oleadas de tierra, en cuyas cimas tiemblan, como espuma vegetal, algunos miserables rastrojos; de vez en cuando, en el fondo del paisaje, un molino que da vueltas lentamente y como abrumado por el sol de medio día; ó, al borde del camino, un alfarero que pone á secar sobre algunas tablas, á la puerta de su cabaña, algunas docenas de toscas macetas.

Rethel se extiende graciosamente desde lo alto de una colina hasta la orilla del Aisne, cuyos ramales cortan la ciudad por dos ó tres sitios. Por lo demás, nada queda allí que anuncie la antigua residencia capital de uno de los siete condes pares de la Champaña. Las calles son calles de pueblo grande, más bien que calles de ciudad. La iglesia ofrece un mediocre perfil.

De Rethel á Mezières, la carretera asciende los vastos peldaños, por los cuales la meseta del Argonne se une al plano superior de Rocroy. Los grandes techos de pizarra, las fachadas blanqueadas con cal, los paramentos de madera que defienden de las lluvias el lado norte de las casas, dan al pueblo un aspecto particular. De vez en cuando las primeras cumbres de los montes Faucilles, que aparecen al Sudeste, levantan la línea del horizonte. Por lo demás, ausencia casi completa de bosques. Apenas se ven aquí y allá, en las lejanías, algunas cabelludas colinas. Las talas de bosques, esas hijas bastardas de la civilización, han devastado muy tristemente la antigua pocilga del jabalí de los Ardennes.

Al llegar à Mezières estuve buscando con los ojos algunas antiguas torres medio derruídas del castillo sajón de Hellebarde; mas sólo encontré los ángulos salientes y entrantes fríos y duros de una ciudadela de Vaubán. En cambio, al mirar á los fosos, descubrí, en diferentes sitios, algunos restos muy hermosos, aunque desmantelados, de la muralla atacada por Carlos V y defendida por Bayardo. La iglesia de Mezières tiene fama de poseer buenas vidrieras. Aproveché, para visitarla, la media hora que la mala postal concede á los viajeros para almorzar. Las vidrieras han debido ser efectivamente bellas; aun quedan en el ábside algunos fragmentos anegados tristemente en anchos ventanales de vidrios blancos. Pero lo que es notable de por sí es la iglesia, que pertenece al siglo xv y ofrece un conjunto agradable, con algunas aberturas coronadas por flamígeros calados y un delicioso pórtico adosado á la puerta meridional. En dos pilares, á derecha é izquierda del coro, esculpieron dos bajos relieves del tiempo de Carlos VIII, desdichadamente embadurnados de cal y mutilados. Toda la iglesia está enjabelgada de ocre con nervios y claves de bóveda de variados colores. El efecto no puede ser más torpe y más feo. Mientras me paseaba por la nave norte del ábside, divisé en la pared una inscripción que recuerda que Mezières fué cruelmente asaltada y bombardeada por los prusianos en 1815. Encima de la inscripción han añadido estas dos líneas en un latín cualquiera: Lector, leva oculos ad fornicem et vide quasi quoddam divinæ manus indicium. Levanté los ojos ad fornicem, y vi una anchurosa grieta en la bóveda por encima de mi cabeza. En aquella grieta, una enorme bomba permanece suspendida en las escabrosidades de la piedra por sus orejones, que distinguía perfectamente. Es una bomba prusiana que, después de haber agujereado el techo de la iglesia, el maderamen y los macizos de mampostería, se detuvo de aquel modo como por milagro en el momento en que iba á caer al suelo. Y durante veinticinco años ha seguido allí como Dios la dejó colgada. Al rededor de la bomba se ve una confusión de ladrillos rotos, pedruscos y cascajos, las entrañas de la bóveda. Aquella bomba y la herida abierta por encima de la cabeza de los visitantes, producen un efecto extraño. Y éste es más singular todavía, por los paralelismos que acuden á la imaginación, cuando se considera que precisamente sobre Mezières se lanzaron en 1521 las primeras bombas de que se sirvió la guerra. Al otro lado de la iglesia, otra inscripción hace constar que las bodas de Carlos IX con Isabel de Austria fueron «venturosamente celebradas», feliciter celebratæ fuere, en la iglesia de Mezières, el 17 de noviembre de 1570, dos años antes de la noche de San Bartolomé.

La puerta mayor es precisamente de esa misma época, y, por consiguiente, de un gusto bello y noble. Por desgracia es una de esas fachadas tardías del siglo xvi que no terminaron su crecimiento hasta el xvii. El campanario no brotó hasta 1626. Es imposible ver una cosa más torpe y más pesada, como no sean los campanarios que se están construyendo en la actualidad en varias iglesias de París.

Por lo demás, Mezières posee grandes árboles en sus murallas, calles limpias y tristes, á las cuales los domingos y días de fiesta alegrarán á duras penas, y nada recuerda en la ciudad ni á Hellebarde y Garino, que la fundaron; ni al conde Baltasar, que la saqueó; ni al conde Hugo, que la ennobleció; ni á los arzobispos Foulques y Adalberón, que la sitiaron. El dios Macer, que dió su nombre á Mezières, se ha convertido en San Masert en las capillas de la iglesia.

Ningún monumento, ningún edificio arquitectónico en Sedán, á donde llegué hacia medio día. Algunas mujeres bonitas, algunos gallardos carabineros, árboles y praderas á lo largo del Mosa, cañones, puentes levadizos y bastiones, he aquí Sedán. Es uno de esos sitios en que el aspecto severo de las villas-ciudadelas se confunde caprichosamente con el aspecto animado de las villas-guarniciones. Hubiera querido encontrar en Sedán algunos vestigios del señor de Turena; pero han desaparecido. El pabellón en donde nació fué demolido y reemplazado por una piedra negra con esta inscripción en letras doradas:

AQUÍ NACIÓ TURENA EL 11 DE SEPTIEMBRE DE 1611

Esta fecha, que brillaba sobre aquella sombría piedra, me sorprendió. Y recogí en mi imaginación todo lo que me recordaba. En 1611, Sully se retiraba. Enrique IV había sido asesinado el año anterior. Luis XIII, que debía morir en 14 de mayo, como su padre, tenía diez años. Ana de Austria, su mujer, tenía la misma edad, con cinco días menos que él. Richelieu estaba entonces en su vigésimo año de edad. Algunos buenos ciudadanos de Ruán llamaban Pedrito (petit Pierre) al que el universo llamó más tarde el gran Corneille; tenía cinco años. Shakespeare y Cervantes aun vivían. Brantôme v Pedro Mathieu vivían también. Isabel de Inglaterra había muerto hacia ocho años; y hacia siete Clemente VIII, papa pacífico y buen francés, como dice L'Etoile. En 1611 moría Papirio Massón y Juan Busée; el emperador Rodolfo declinaba; Gustavo Adolfo sucedía á Carlos IX de Suecia, el rey visionario; Felipe III expulsaba á los moriscos de España, á pesar del parecer del duque de Osuna; y el astrónomo holandés, Juan Fabricio, descubría las manchas del sol. Todo esto ocurria en el mundo al nacer Turena.

Por lo demás, Sedán no ha sido una piadosa guardiana de esa noble memoria. El pabellón natal del señor de Turena ha sido derribado, según he dicho

más arriba, y su castillo arrasado.

No tuve el valor de îr á ver si algún campesino propietario de Bazeilles había hecho arrancar la avenida de árboles que aquél había plantado. En lugar de todo eso, la gran plaza de Sedán ofrece al visitante una medianísima estatua en bronce de Turena, la cual no me ha consolado ciertamente. Esa estatua no es más que gloria. El aposento en donde había nacido, el castillo donde vivió, los árboles que plantara, eran recuerdos.

Tampoco quedan recuerdos, con mayor motivo, de Guillermo de la Marck, ese tremendo predecesor de Turena en los anales de Sedán. Cosa digna de nota y que hay que decirla de paso: en un determinado tiempo, por el solo progreso natural de las cosas y las ideas, la ciudad del Jabalí de los Ardennes se modifica

hasta tal punto que produce á Turena.

Después de haber almorzado opíparamente en un excelente lugar que se llama el Hotel de la cruz de oro, nada me retenía ya en Sedán; y me decidí á regresar á Mezières para tomar el coche de Givet. Hay cinco leguas; pero son cinco leguas pintorescas. Las hice á pie, seguido por un robusto mocetón atezado y descalzo que llevaba mi saco de noche. La carretera sigue casi siempre las alturas que rodean el valle del Mosa. A una legua de Sedán encuéntrase Donchery con su viejo puente de madera y sus hermosos árboles; luego vienen risueñas aldeas, lindas quintas con torrecillas medio ocultas entre los grupos de verdura; grandes praderas, donde pastan al sol algunas manadas de bueves; el Mosa, que ora se pierde, ora reaparece. Hacía un tiempo espléndido, delicioso. A mitad del camino sentí fuerte calor y una sed enorme; y busqué por todos lados una casa para pedir agua. Al fin divisé una. Corrí hacia ella, esperando encontrar una taberna, y leí encima de la puerta esta muestra: Bernier-Hannas, despacho de avena y tocineria. En un banco, al lado de la puerta, estaba sentado un hombre con una enorme papera. Las paperas abundan en el país. No por ello dejé de entrar animosamente en casa del tocinero y mercader de avena, y bebí con gran placer un vaso de agua, la misma que había creado la papera de aquel hombre.

había creado la papera de aquel hombre. A las seis de la tarde llegué á Mezières; á las siete partía para Givet, muy desastrosamente embutido en un cupé bajo, estrecho y sombrío, entre un señor gordo y una señora gorda, marido y mujer, que se hablaban tiernamente por encima de mí. Al cruzar Charleville, que está á distancia de un tiro de cañón de Mezières, noté la plaza central, que fué construída en 1605 y en muy buen estilo por Carlos de Gonzaga, duque de Nevers y de Mantua, y que es la verdadera hermana de nuestra plaza Real de Paris. Son las mismas casas con pórticos, con fachada de ladrillo y grandes techumbres. Luego, como viniera la noche, no teniendo nada mejor que hacer, me dormi, mas con un sueño agitado y horrible, entre los ronquidos del hombre gordo y los quejidos de la mujer gorda. De vez en cuando, al cambiar de caballos, me despertaban la brusca luz de las linternas aplicadas al vidrio y los diálogos del tenor siguiente: -¡Oye, tú!-¡Di, tú!-¿Qué es este rocin que me traes? No lo quiero. Es el que cocea.-¿Y el señor Simón? ¿Dónde está el señor Simón?—¿El señor Simón? ¡Bah! Trabaja. Trabaja siempre. Trabaja más que un presidario.-Otra vez el coche se detuvo; hacía una parada. Abrí los ojos, soplaba un viento impetuoso, el cielo estaba sombrio, un inmenso molino daba vueltas siniestramente por encima de nuestras cabezas, y parecía mirarnos con sus dos tragaluces alumbrados como con ojos de brasa. Otra vez aun, algunos soldados rodeaban la diligencia, un gendarme pedía los pasaportes, se oía el ruido de cadenas de un puente levadizo, un reverbero alumbraba montones de balas al pie de un recio muro negro, la boca de un cañón tocaba el coche; estábamos en Rocroy. Este nombre me despertó completamente. Aun cuando no pueda llamarse á esto *ver Rocroy*, sentí un cierto placer en pensar que acababa de atravesar, en el mismo día y á tan pocas horas de distancia, esos dos sitios heroicos, Rocroy y Sedán; Turena nació en Sedán, podría decirse que Condé nació en Rocroy.

Mientras tanto los dos gordos seres vecinos míos conversaban entre si y se contaban, como en las exposiciones de las comedias mal hechas, cosas que ambos sabian perfectamente: - Que no habian pasado por Rocroy desde 1818. ¡Veintidós años!—Que el señor Crochard, el secretario de la subprefectura, era intimo amigo suyo;-que, como eran las doce de la noche, el tal señor Crochard debia haberse ya acostado, etc. La dama sazonaba tan interesantes revelaciones con dichos extraños que le eran familiares; así, decía: Egoista como una liebre vieja; la fortuna del pobre (pauvre), en lugar de la fortuna de la olla (du pot). El monstruoso buen hombre, su esposo, hacía por su parte juegos de palabras como éste: Dicen que es un lugar común (comme un), vo digo que es un lugar como tres; ó proverbios disfrazados como éste: Vende á tu mujer y haz oídos de mercader. Luego se reía bondadosamente.

El coche se puso en marcha otra vez, y mis dos vecinos siguieron conversando. Yo hacía grandes esfuerzos por no oir su conversación, y procuraba escuchar los cascabeles de los caballos, el ruido de las ruedas en el pavimento y el de los cubos sobre los

ejes, el rechinamiento de las tuercas y los tornillos, el estremecimiento sonoro de los vidrios, cuando de pronto un delicioso campaneo vino en mi auxilio, un campaneo delicado, ligero, cristalino, fantástico, aéreo, que estalló bruscamente en la negrura de la noche, anunciándonos la Bélgica, esa tierra de los resplandecientes juegos de campanas, prodigando sin fin su chacota burlesca, irónica y espiritual, como si reconviniera á mis pesados vecinos su estúpida charla.

Aquel campaneo, que me había despertado, les adormeció. Presumo que debíamos hallarnos en Fumay, pero la noche estaba demasiado obscura para poderlo distinguir. Tuve que pasar, pues, sin verlas, junto á las magnificas ruinas del castillo de Hierches y de las bellas rocas á pico que denominan las *Damas del Mosa*. De vez en cuando, en el fondo de un precipicio lleno de vapor, divisaba, como por un agujero entre una humareda, un no sé qué de blanquecino; era el Mosa.

En fin, al aparecer las primeras claridades del alba, bajóse un puente levadizo, se abrió una puerta, la diligencia se introdujo al galope en una especie de largo desfiladero formado á la izquierda por una negra roca cortada á pico, y á la derecha por un edificio largo, bajo, interminable, extraño, deshabitado en apariencia, agujereado de un extremo á otro por una multitud de puertas v ventanas que me parecieron todas abiertas, sin hojas, sin postigos, sin marcos y sin cristales, dejándome ver á través de aquella sombría y fantástica casa el crepúsculo que invadía ya el borde del cielo al otro lado del Mosa. A la extremidad de aquel singular edificio, había una sola ventana cerrada y débilmente iluminada. Luego el coche pasó rápidamente por delante una gran torre de hermosisima silueta, se hundió en una estrecha callejuela y entró en un patio; algunas criadas de mesón acudieron con velas, y algunos mozos de cuadra con linternas; estaba en Givet.